

de, como mi flaqueza; pero en adelante quiero ser mas racional, por no ser ya tan pusilánime.

Melania. Según eso, ¿no has de ser, como hasta aquí, enemiga de los remedios; ni tampoco de los que los recetan y ordenan?

Fabiola. No por cierto, siempre que fueren necesarios; pues si yo te digera, que había de ser amante de ellos, acaso no lo creerías muy bien.

Melania. Cosa bien descaminada sería el amarlos, cuando no fuesen menester: y así yo me daré por muy contenta de que te sujetes á ellos, cuando llegue el caso.

Fabiola. Si no me pides mas que esto, yo me rindo, y te cedo la victoria.

Melonia. Después que estés ya curada y buena, hablaremos acerca de la salud, que será un asunto mas agradable; y entretanto cuenta conmigo como verdadera amiga suya.



Conversacion LXXII

SOBRE LA SALUD.

Alodia. Ahora tenemos que hablar acerca de la *Salud*. Y desde luego confieso ingénuamente lo mismo que pienso: yo no pido ni deseo tampoco vivir largo tiempo; pero sí quisiera mantenerme siempre sana y robusta.

Asela. Yo por mí, uno y otro apetecería.

Atala. ¿Cómo se puede apetecer vivir mucho tiempo en una tierra, donde se vive tan felizmente?

Asela. No sé yo, qué decirnos; ello es, que siempre gusta el vivir.

Alodia. Sí; el vivir felizmente.

Asela. Feliz ó infelizmente, yo tengo mucho gusto en vivir.

Atala. Tú no sabes lo que dices: ¿por ventura es vivir felizmente?

Asela. Es verdad; mas el placer de vivir, prepondera á todo lo demás.

Alodia. Creedme; pensad solamente en vivir sanas; y será mayor vuestra complacencia.

Asela. Decidme: y ¿por qué deseáis con tanto anhelo vivir sanas?

Atala. Lo primero, para estar en parage de poder trabajar útilmente.

Asela. Veo, que ese es un motivo muy racional.

Alodia. Lo es en efecto: porque cuando no hay salud, ¿para qué será nadie bueno?

Asela. Verdaderamente, que cualquiera es entonces molesto para así, y todavía mas para otros.

Atala. Eso sí me hace fuerza; pero aún me la hace mas el ver, que es inútil para todo el mundo.

Asela. ¿Y sólo eso es lo que te hace fuerza en la falta de salud?

Alodia. También me la hace el verme, una vez perdida la salud, en precisión de caer en manos de los Médicos,

Asela. Pero es un bien no pequeño el hallar semejante socorro en una enfermedad.

Atala. ¡Ah! ¿Qué bien había de ser ese?

Asela. Sí por cierto; es un verdadero bien.

Alodia. Pues yo te le cedo gustosa á tí, y á otra cualquiera que quisiere tomarle.

Asela. Es que has de saber, que Dios es quien crió

la Medicina, y el que nos ordena, que obedezcamos al Médico [1].

Atala. Verdad es eso; pero no nos manda Dios, que tengamos necesidad de él; y así nos permite, que hagamos todo cuanto pudieremos por pasarnos sin él.

Asela. ¡Dichoso cualquiera que pudiera pasarse sin él!

Alodia. Cuando nosotras manifestamos tan vivos deseos de tener salud, no lo hacemos porque miremos con ojeriza á la Medicina ni á los Médicos.

Asela. Pues ¿por qué razones?

Atala. Si es que no las ves, por lo menos debes conocerlas: lo que es por mí, yo entenderia de buena gana, que cuando Dios habló en esos términos de la Medicina y de los Médicos, no estaban las cosas en el pie que hoy en día.

Asela. Y ¿sobre qué pie están ahora?

Alodia. ¡Ay de mí! Hoy en día casi tanto querría cualquiera morirse, como caer en sus manos.

Asela. Esa ya es mucha ponderación; y aun es una expresión descompasada.

Atala. Pues ¿no estás viendo, que para haber de curar ó sanar en sus manos, es necesario verse antes casi reducidas á ir á la sepultura?

Asela. Según eso verosímilmente es su severidad, y no su arte, la que vosotras desaprováis.

1 Eccli. 38. 1. seqq.

Alodia. Tú lo has dicho: no es otra cosa: su arte es buena, y aun necesaria; mas en el día no se como se maneja.

Asela. No os admiréis de eso; pues en el día es moda la severidad.

Atala. Sealo todo cuanto tu quisieres; pero semejante moda no es posible que agrade á los pobres pacientes.

Asela. A lo que yo veo, probablemente quisieráis vosotras unos Médicos, que os curaran sin debilitaros, y sin haceros mal alguno.

Alodia. Sí, cierto; así lo quería yo; y les llamaría entónces buenos y sabios Médicos.

Asela. Según nos explicáis, será menester mandarlos pintar apropósito para vosotras.

Atala. No pedimos tanto, por tu vida; pero á lo menos busquemos algunos medios, para ver si podemos pasar sin ellos enteramente.

Asela. Como vosotras déis con estos medios, no tendré el menor reparo en alistarme y ser de vuestro partido.

Alodia. Finalmente, hay personas que en toda su vida han necesitado échar mano del Médico.

Asela. Yo quisiera ser como ellas; enséñame ese importante secreto.

Atala. Lo primero, es menester que tengas un buen temperamento ó complexión; pues sin este cimiento es difícil levantar muy alto el edificio de la salud.

Asela. Desde luego empiezas por una cosa, que no

pende de nosotras: eso sería bueno, si estubiese en nuestra mano el escogernos ese buen temperamento.

Alodia. Hablas en eso ciertamente con la mayor cordura; mas lo que no admite duda es, que sin una buena complexión no podéis contar con una salud robusta.

Asela. ¿Con qué no siendo bueno el temperamento no hacemos nada?

Atala. Pues ¿cómo queréis fundar nada bueno sobre unos fundamentos ruinosos?

Asela. Eso si me aflige á mí bastante.

Alodia. Pero esto se entiende respecto de aquellas personas que no tienen buena complexión: mas la vuestra, si es muy buena, á Dios gracias.

Asela. ¿Luego sobre éste cimiento ya se podrá edificar sin recelo alguno?

Atala. Sí no tenéis mas que ponerlo por obra.

Asela. Dínos que es necesario para eso.

Alodia. Temed á Dios en primer lugar; y amadle en primer lugar y amadle con todas vuestras fuerzas.

Asela. Y ¿qué tiene que ver esto con la salud?

Atala. Vedlo claro: que el temor de Dios y su amor nos impiden el pecar; y el pecado es causa de muchas enfermedades (1)

Asela. Verosimilmente por esa razón Jesucristo nuestro Señor, perdonaba anses los pecados á aquellos

1 Job 20. 11, etc. Ecclí. 19. 3. Véase á Du-Hamel.

á quienes quería curar; y después de curados ya, les decía: "Id en paz, y ya no pequéis" (1)

Alodia. Sin duda, tu has dicho aquello, por aquello, para hacernos entender esta verdad.

Asela. ¿Con qué será muy importante recurrir á la Penitencia, en etsando enfermas?

Atala. Por ahí es menester comenzar; con tal que al propio tiempo se cuide de reparar ó resarcir el mal que se hubiere hecho, y el agravio que se pudiere haber causado próximo.

Asela. ¿Qué? ¿No bastará pedir perdon?

Alodia. No; es menester, además de eso hacer las restituciones necesarias: y como muchas veces no se hacen debidamente, por eso muchos enfermos ó no sanan, ó tardan mucho en conseguirlo.

Asela. Eso es sin duda, lo que hace tan defectuosa y tan falible á la Medicina; y lo que embota y enerva la eficacia de los remedios mas selectos.

Atala. No busquéis otra causa de su falibilidad.

Asela. A lo que te oímos decir, ¿será preciso guardarse mucho de pecar si es que se desea conservar la salud?

Alodia. Sí; pues por muy buen regimen de vida que guardéis, si ofendieréis á Dios, os esponéis á que os castigue con dolencias y males, caso que no haga de de otra suerte.

1. Joann. 5. 14: 8. 11, etc alib.

Asela. Con todo eso, hay no pocas personas de estragada conducta, que disfrutan Salud; al paso que otras, que son virtuosísimas, padecen mil achaques.

Atala. No os detengáis en esos ejemplos, que ciertamente son ecepciones de la regla general fuera de que, lo que hasta aquí no les hubiere sucedido, podrá acontecerles en adelante.

Asela. Bien está eso; pero tu respuesta nada dice tocante á aquellas personas que siendo virtuosas, carecen de Salud.

Alodia. Caso que esto no sea un castigo de sus pasadas culpas, es á lo menos, para exitar su paciencia; ó para que por este medio merezcan mayor corona en el cielo.

Asela. Yo por mí, pondré una atención muy particular sobre todas estas razones: continúa por tu vida.

Atala. Os he dicho ya lo principal; porque la salud depende mucho mas de la bendición de Dios que de todos cuantos esmeros podáis emplear en su conservación.

Asela. Bien se yo, que la salud es un don de Dios; mas tampoco ignoro, que Dios quiere que cuidemos mucho de conservarla.

Alodia. De eso mismo estamos persuadidas, igualmente que tú; pero antes de hablarte acerca de la atención que se debe tener con la salud nos falta aun alguna cosa que decirte.

Asela. Hablad en hora buena; que yo pronta estoy á escucharos.

Atala. Con una cosa has de tener también cuidado.

Asela. ¿Cuál es ella?

Alodia. Es sobre el modo con que has de recibir el Cuerpo de Jesucristo en la Santa Comunión.

Asela. Pues ¿qué? ¿Tiene esto alguna conexión con la Salud?

Atala. Sí, muy grande; puesto que San Pablo (1) nos asegura, que ya en su tiempo había muchos enfermos y débiles, y que aun morían muchos, por falta de discernimiento, y por el poco respeto, con que miraban y recibían el Cuerpo del Señor.

Asela. Ahora ya percibo yo la relación que tienen estas dos cosas.

Alodia. Conocedla á fondo; y aplicad de hoy mas toda vuestra atención, para recibir bien y dignamente este preciosísimo Cuerpo.

Asela. Las enfermedades, los desfallecimientos, y aun la muerte misma, ¿son por ventura algunas veces castigo de las comuniones sacrílegas y mal hechas?

Atala. El Apóstol mismo es quien así lo asegura: no se os pudiera citar una autoridad mayor ni mas grave.

Asela. Bien merece esto meditarse despacio.

Alodia. Hacedos también cargo, si queréis, de que si las comuniones indignas son causa de todos estos ma-

les las Comuniones bien hechas producen efectos muy contrarios.

Asela. ¿Qué quieres decir con eso?

Atala. Lo que quiero decir es, que las Comuniones bien hechas ahuyentan los males, la debilidad y la muerte misma, cuando conviene así á la Salud del enfermo.

Asela. Esas sí, que son unas ventajas muy grandes, y en las cuales yo antes no pensaba.

Alodia. Sin embargo, son bien acreedoras á que se piense mucho en ellas.

Asela. Y ¿cómo se hace eso por tu vida?

Atala. Velo aquí, y es muy fácil entenderlo; porque si Jesucristo en la Sagrada Eucaristía comunica á nuestros cuerpos su inmortalidad para la vida futura; ¿cómo no les comunicará Salud, robustez y vigor para la vida presente?

Asela. Encantada estoy de oír explicar estas cosas con tanto primor: pasemos ahora la atención y esmero que se debe poner en la conservación de la Salud.

Alodia. De muy buena gana; pero con vuestro permiso, iré antes á decir una palabra á cierta persona; que dentro de un instante seré con vosotras.

Asela. Yo aquí te aguardo á pie quedo; pero hazme el gusto de no aprasurarte por mí.